

CATALUÑA

I

GÉNEROS DE PUNTO

La proximidad del invierno, que para los ricos es la señal de sacar á relucir terciopelos, felpas y pieles, para la gente de poco pelo da actualidad á los géneros de punto, á la modesta *bonneterie*.

No ha mucho visité en Mataró una fábrica de este artículo, la de los Sres. Marfá. ¿Habéis notado cuánto ignoramos de las cosas más usuales, corrientes y trilladas de la vida? Yo no sabía, es más, ni sospechaba cómo se puede fabricar un par de medias. O por mejor decir: en ese particular me encontraba casi casi en los últimos años del siglo xviii, antes de la invención de los telares mecánicos. Como parte de educación, en el capítulo de *labores de mi sexo*, me había enseñado una maestra de costura, del tipo más clásicamente español, á *calcetar* medias, menguando y creciendo lo que Dios manda, con mi correspondiente palillero de plata al

cinto y mis agujas relucientes, cuyo *tiqui tiqui* me parece escuchar aún. Las tales medias hechas á mano tenían, por cierto, una figura muy rara, nada conforme con las reglas de la humana anatomía, la plástica real.

Los primores del género eran los *calados*, y el sumo refinamiento las medias, no de seda, sino de hilo de Escocia finísimo, que puesto resultaba casi diáfano. Creía, pues, sinceramente en mis primeros años que la mujer bien instituida debe saber hacer media. El progreso ya había dispuesto entonces las cosas de otro modo. Y algunas visitas á las cárceles me han convencido de que los únicos seres que todavía *calcetan* á fines del XIX son los presidiarios.

La fábrica de Mataró vino á demostrarme, sin embargo, que los géneros de punto siguen siendo labor de mi sexo. En aquella hermosa y activa fábrica apenas trabajan los varones; obreras forman el núcleo del personal. La obrera catalana es una figura inconfundible con la modista ó la chula madrileña, tanto, verbi gracia, como éstas lo son con la aldeana gallega. Un aire extranjero, francés ó belga, cierta elegancia de silueta, cierta sencillez seria en el peinado, el talle hecho flexible por la serie de movimientos á que el trabajo obliga, un vestir aseado, con trajes de indianas claras, un calzar más práctico que coquetón, no desdeñando la alpargata pero esmerándose en la media—esto es la obrera catalana en general, y en especial la mataronense, á que ahora me refiero. En la fábrica de géneros de punto la mujer

encuentra adecuado empleo á sus facultades, admitiendo la suposición, más general que fundada, de que la mujer es mañosa antes que fuerte.

Las grandes máquinas tejedoras se encargan de la gruesa labor del punto en grandes proporciones, y arrojan metros y más metros de tejido sólido y flexible, ya liso y clarillo, ya denso y peludo por el revés. Lo que en la fábrica entró en forma de ovillo ó bobina de algodón hilado, tiene que salir para el comercio en forma de camiseta elástica, de calzón de punto, de docena de medias ó calcetines, perfectamente prensados, estirados, presentaditos en su caja de cartón. El ovillo ó bobina ha sido preparado en otra fábrica regional, porque Cataluña se precia de no deber nada al extranjero, y pocos días antes de mi visita á Mataró había visto blanquear, hilar, teñir, devanar el algodón en los talleres del marqués de Santa Isabel.

Lo que más me interesó en la fábrica de géneros de punto, fueron las ingeniosas y variadas máquinas con las cuales se han resuelto los problemas de tejer el pie de la media, de adaptarlo á la caña, de hacerle la costura, de abrir y orillar los ojales de la elástica, de reforzarla, de realizar infinitas operaciones en que no piensa ni por asomos el que entra en una tienda á adquirir una prenda de abrigo, ahora que están inflando los carrillos los cierzos madrugadores, y las pulmonías se aprestan á emprender su campaña de invierno.

Las máquinas, que con una inteligencia mis-

teriosa, con una especie de comunicación magnética del alma humana, desempeñan esos complicados oficios, son en su mayor parte variaciones sobre el tema de la humilde y casera máquina de coser. Yo tampoco sabía (¡pero repito que es tanto y tanto lo que uno no sabe!) que se hubiese sacado semejante partido de la idea de la tal máquina.

La infatigable costurera de hierro, acero y palo, ha visto acrecentarse su estirpe y nacerle un sinnúmero de hijas y nietas más mañosas, más activas aún que ella misma, que ejecutan mil habilidades y gracias. Una rueda de agujas, parecida á la de Santa Catalina, es la que adhiere el pie á la caña de la media; y es gracioso el interminable vaivén y el caer y picar de tanta agujita, que parecen movidas por el aliento de algún gnomo. La obrera no tiene más que presentar la labor y colocarla de suerte que la máquina pueda morder en ella.

En pocas manufacturas se disfrutará mejor el espectáculo de la colaboración de la máquina con la mano. La máquina teje, calceta, cose; la obrera corta, prepara, coloca, remata, dobla, marca y empaqueta. Al ver los ingentes montones de peludas elásticas y de chalecos de Bayona, que con sólo su aspecto hacen sudar; al contemplar tales pirámides y hacina- mientos de medias blancas, crudas y de mil colores; al saber los precios, realmente increíbles por su baratura, que todo ello vale y cuesta; al considerar los miles de telares que á estas horas, no sólo en nuestra portentosa Cata-

uña, sino en todo el mundo civilizado, se dedican á igual faena, pasma que todavía ande por ahí tanta gente llevando desabrigado el torax y desnudas las extremidades inferiores,

unos por falta de medios
y otros por falta de medias,

como dice la copla. Porque la imagen que surge de esta visita á la fábrica de Marfá es la de una humanidad arropada, muy arropada, á prueba de romadizos, resfriados, corrientes de aire y humedades de todo género. La triste visión del invierno, de los niños arrecidos y las mujeres tiritando, diríase que se aleja aquí.

Y no dudéis, oh, vosotros los que clamais contra nuestro pobrecito siglo, que la industria, y el capital, y la maquinaria, y el espíritu emprendedor, dan por fruto—entre otros muy excelentes—el que la gente menesterosa padezca bastante menos el rigor del frío. Estas camisetas gordas y blandas, limpias, hirsutas, son el gabán de pieles, son la chinchilla, la marta zibelina del humilde. Estas medias ásperas, charras, ordinarias, todo lo que se quiera, son lo que distingue la pierna y el pie humano de la pata del animal. Por ellas, la hembra rústica se convierte en mujer. Ya en mi tierra, en Galicia, la descalcez disminuye, la aldeana cubre sus zancas, y lo que antaño parecía lujo, es necesidad y comodidad y decoro. ¡Vayan benditos de Dios los tiempos de la calceta en el hogar! Un rey de Francia, en el siglo XII, regalaba, por gran obsequio, medias á sus capellanes,

"á fin de que celebrasen la santa misa con mayor decencia". No soy partidaria de Rousseau, no tengo pizca de ganas de que volvamos al estado primitivo, y sé reconocer al progreso hasta en una fábrica de géneros de punto.

II

COLMENA

Sin duda arman más ruido los zánganos que las abejas; sólo así se explica que nos acordemos tan poco de lo que se hace en Cataluña, país donde el verbo *hacer* tiene un significado exacto de que carece en el resto de la Península.

¿Qué *se hace* en aquella región? Antes bien, preguntemos: ¿qué *no se hace*? La iniciativa, la actividad, la destreza, la perseverancia son para Cataluña lo que para el Egipto sus cuatro númenes: fuerzas misteriosas que esparcen la riqueza y engendran y crían toda clase de bienes. No es posible expresar lo que Cataluña me ha consolado de España, de *cierta* España; y me ha consolado precisamente porque también es España—al fin y al cabo y pese á los malos quererres de quien los tenga—ese hermoso pedazo del mundo, donde se dió cima á las empresas más románticas y gloriosas, y hoy se realizan otras adecuadas á nuestro estado actual, á las necesidades de este laborioso siglo y

al cumplimiento de la ley impuesta por Dios á nuestros primeros padres...

El espíritu industrial de Cataluña, que ha dado asunto á los chistes de los autores festivos y á las diatribas humorísticas de los haraganes, visto de cerca infunde respeto, mezclado con una alegría sana y patriótica. Sonreímos al enterarnos de que los catalanes lo imitan todo, y *falsifican* (sin recatarse, sin hacer misterio) cosas que tuve por infalsificables, verbigracia, el vino de Champagne y los pañolones de Manila; pero esta sonrisa es de complacencia, de aplauso al ingenio y á la habilidad, de contento porque ese dinero más quedará en casa. ¡Quién pudiera no tener que pedir á la ajena cosa alguna!

Entre las colmenas catalanas que visité figura la colonia agrícola industrial, que prospera á la sombra de la magnífica fábrica de "panas y veludillos", de Güell, Parellada y Compañía. Fundó la colonia hará cuatro años D. Eusebio Güell, en el campo, bastante desviada de la metròpoli; como que para llegar á la colonia hay que dejar atrás los arrabales de Sans y Bordeta, cruzar Hospitalet, pasar el Llobregat al pte de San Baudilio, y por laderas que el río viste de verdor alcanzar la *Masta* que el opulento capitalista ha tenido el buen gusto de respetar, y en la cual descansamos y almorzamos los expedicionarios. Lo que hoy es colonia, era granja poblada de viñedo, embalsamada por el azahar de los naranjos, sombreada por esos anchos y verdinegros pinos quitasol, que tan

vigorosamente entonan y realzan el paisaje de las cercanías de Barcelona. Recordóme la Masía (nota familiar, campesina y graciosa en medio del gran tráfigo fabril) los *Pazos* de mi tierra; pero ¡cuán diferentes las reducidas chozas de labriegos que se agrupan al pie de nuestros pazos, de las coquetonas, lindas y desahogadas casas donde moran los *colonos* de Güell!

Ya tiene abolengo la fábrica de panas. La estableció D. Juan Güell, padre del actual poseedor, allá por los años cuarenta, cuando España hervía en asonadas y disturbios. Entonces era aquí la industria una pobrecilla intrusa, siempre amenazada por la tea y el fusil, y la ley y el Gobierno tan pronto la tendían un dedo (la mano nunca) como la dejaban desvalida é indefensa. El fundador no se arredró por eso; viajó mucho, arriesgó capital, luchó, hasta que vió prosperar la fabricación de las panas, que en nuestra patria no se conocía. Veinticuatro mil fabricantes y obreros han contribuído para erigir un monumento en Barcelona á este hombre útil y constante, á quien Carlyle no dejaría de calificar de *heroico* á su manera, ya que la forma en que aparece el héroe cambia según las épocas históricas.

El traslado de la fábrica al campo obedeció á propósitos altamente humanitarios y moralizadores. El actual edificio empezó á construirse en 1890, en un día clásicamente español, la festividad del artesano San José, y al año justo se encendían los hornos de sus motores. La gigante máquina motriz, una Corlis de ochocientos

caballos, albergada en una construcción *ad hoc* que parece nave de catedral, fue construída en España por la "Maquinista marítima y terrestre" y ha costado treinta y cinco mil pesetas más de lo que costaría en Inglaterra. Los directores de la "Maquinista" habían advertido con sinceridad que no podían entonces competir en precios con los ingleses; pero por un bello rasgo de españolismo y de proteccionismo (no has á los demás lo que no quieras para ti) la casa Güell prefirió sacrificar la respetable suma de siete mil duros. Hoy, á la vuelta de cuatro años, nuestra "Maquinista" construye iguales máquinas al mismo precio que en Inglaterra.

Las máquinas de hilar, selfatinas, cardas, peines, lizos, son de las más perfectas y modernas; muchas de ellas construyéronse en la misma colonia. La fábrica empieza por hilar el algodón, tíñelo después, aprovechando los adelantos de la química moderna, que saca de la negra hulla tan ricos é intensos matices, y por fin, lo teje, elaborando esos terciopelos llamados *ingleses*, que usan las damas y los niños, y esas fuertes panas de que se hacen los trajes de caza, campo y ciclismo, y que gasta indistintamente la gente aldeana y los elegantones *sportmen*.

Los terciopelos ingleses ó veludillos de la fábrica de Güell me parecieron muy lindos, pero de seguro muchos comerciantes españoles jurarán, al despacharlos, que vienen de Manchester en derecha. Si confesasen que son

catalanes, la clientela perdería la ilusión. Como dicen en mi tierra, ¡Santa María, la de más lejos!

Si me interesó la fabricación y su grandioso desarrollo, más aún la colonia y sus ciento cincuenta casitas (en *Madrid Moderno* se llamarían *hoteles*) con jardín delante y huerto detrás. Claras, ventiladas, limpias como patenas, con el toque pintoresco de la enredadera, el geráneo florido ó el risueño arbusto campeando sobre la fachada, estas casas recuerdan, en su gentil coquetería humilde, la vivienda de Margarita, antes de que se colase en ella, á tentar con visiones de lujo y sensualidad á la inocente niña, el burlón Meñistófeles. Entré en una de las casas al azar, y hallé un infántico durmiendo en blanca cuna, sobre la mesa del comedor un jarro con flores, y en modesta estantería algunos tomos de *Historia del arte*... Allí residía un obrero... ¡Sabe Dios si es fácil ver libros y flores frescas en las casas de muchos acomodados burgueses!

Aquí no asoma su escuálida faz la miseria, ni su innoble máscara de sátiro el vicio; el trabajo avalora las tranquilas fruiciones domésticas, y la gran paz del campo purifica el aire y sosiega el corazón... Un *sabio*, en la antigua y clásica acepción de la palabra, puede conformarse con la suerte de este obrero, ni envidiado, ni probablemente envidioso, porque posee los primeros elementos de la dicha...

A las ventajas morales de la colonia hay que sumar las económicas. En la aldea el obrero

gasta menos y aprovecha más. Para nada necesita salir de la colonia, donde tiene iglesia, escuelas, médico, tiendas, teatro, salón de conciertos, fonda para la gente soltera y hasta una pulida barbería, mejor que algunas de Madrid. Este colono lee (pudiera decir *nos lee*) á los autores españoles modernos, y prefiere al café el teatro y la música. La colonia, en sus cuatro años de vida, ha crecido como esas ciudades australianas que surgen por encanto en el desierto, existiendo ya tres espaciosas plazas, muchas calles que llevan nombres de obreros fabricantes, como Barrau y Aranyó, y un teatro *Fontova*. De la instrucción (bastante completa) que se da en las escuelas de la colonia á los *noys* y *noyas*, algo podría decir, pues tuve la curiosidad de proporcionarme los libros, si no temiese alargar estos apuntes. Tela cortada había sólo con las curiosas *reglas de buena crianza* que dicta á los niños obreros la elegante pluma de Pin y Soler, todo un literato de verdad, y además catedrático, que figura entre el personal de la casa Güell. Y no me dejaría en el tintero la *Doctrina catalanista*... si no valiese más *no meneallo*. En general, los libros de enseñanza de la colonia son de provecho y adaptados á la edad de los alumnos.

Hay una institución muy generalizada en Cataluña y en la colonia utilísima; hablo de la *germandat* (hermandad ó cofradía) que socorre al obrero imposibilitado con el mismo jornal que si trabajase, le vela cuando está enfermo, le amortaja y entierra cuando muere. De

la cofradía son hermanos todos los cabezas de familia, y la cuota es ínfima: una peseta mensual. El fondo lo administra una junta elegida por los obreros, en que no interviene nadie que no gane jornal, que no sea obrero también, ideal de esta raza que tiende á la autonomía porque es fuerte para valerse y no necesita andadores, y que así como imita los géneros ingleses, imitaría ó inventaría, si no estuviese inventada, la doctrina del *self help* con todas sus consecuencias.

Y ahora quizá desee saber el lector si esa fabricación en tan gran escala es negocio que produzca millones á su dueño. Entiendo que no, y por eso me ha caído en gracia doblemente. Si el dueño de la colmena realizase el capital en ella invertido y afriesgado y adquiriese papel de la Deuda, y cortase descansadamente su cupón, sacaría el mismo rédito y viviría libre del miedo á competencias industriales, á decretos imprevistos, á cambios económicos y alteraciones en los mercados producidas por circunstancias tan eventuales como la guerra de Cuba, que ya apagó algunas chimeneas y paralizó algunos telares en la tierra catalana. Mas al ingresar en el gremio dormilón y descuidado de los *rentistas*, no tendría el fundador de la colonia el íntimo goce de saber que por él viven honradamente cerca de dos mil seres humanos, y se enciende fuego en tantos hogares y hay sustento para tantos chiquitines. No sólo de pan vive el hombre—dijo la Sabiduría,—y si el lucro no es malo, la caridad es mejor.

Mientras el coche avanzaba por el camino calcinado y polvoriento llevándonos á Barcelona otra vez, conversaba sobre este tema con mi amigo Sánchez de Toledo, gobernador civil de la provincia y gran admirador de las virtudes que en ella florecen, como que á su empeño por hacérmelas apreciar debí principalmente el gusto de conocer un poco la industria y las fábricas. "Este pueblo—decíamos—es tenaz y voluntarioso como el sajón, pero al mismo tiempo soñador y poético y risueño como soñ los provenzales. Aquí la fábrica es alegre, y hasta el humo del vapor ni ennegrece ni asombra la atmósfera. Que el inglés trabaje en su triste clima, es menos meritorio. El trabajo, en una tierra que puede hacer competencia á Italia, representa dobles energías."

III

SANTAS

En Barcelona hay que estarse una quincena para empezar á ver, ó pasar como el relámpago. No pudiendo hacer lo primero, opté por lo segundo. Llegar, dormir una noche en el hotel, tomar el primer tren, continuar á Gerona, á la mañana siguiente...

Pero había contado sin la huéspededa. Y la huéspededa fue mi torpeza para descifrar los Itinerarios.—Si el que me lee es persona capaz de entender fácilmente la *Gula oficial de los Caminos de hierro*, me inclino, le saludo. Me cuesta un trabajo desmedido relacionar los trayectos, y me equivoco frecuentemente al combinar las horas. No debe de ser culpa de la *Gula*, sino, lo repito, de mi poca disposición para el manejo de ese mamotreto, no tan enrevesado, sin embargo, como el célebre *Guide Chaix*, al cual puse el sobrenombre de *Libro de los Vedas*.—Parece que había un expreso á las nueve de la mañana; pero el tal expreso se me escabulló, y sólo me enteré de que salía el

tren de la una de la tarde, mixto, por más señas, y sin otros coches que los de segunda y tercera clase. ¿Quién no se zafa de tan incómoda carreta, y no aguarda el expreso de la noche? Me encontré en Barcelona dueña de unas cuantas horas, nada difíciles de entretener en tan magnífica ciudad.

Hay en Barcelona, aparte de la espléndida catedral, dos ó tres templos que son mis predilectos, acaso porque los vi despacio la primera vez que visité esa ciudad, llamada por Cervantes (que era viajero de profesión y testigo de cuantía) "flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España", y quedé para toda la vida encantada de su doble fisonomía, mitad industrial, mitad artística, tan artística como la de Santiago ó Salamanca.—Como quien refresca dulces memorias de amistades que no se han extinguido, así fui á saludar por tercera vez á Santa María del Mar, á Santa María del Pino, á San Pablo del Campo.

Inspirados en un ideal genérico los templos, ninguno es igual á otro; cada cual tiene su alma propia, su sentido peculiar; en eso consiste su hechizo; la variedad dentro de la unidad, ley de belleza.—Santa María del Mar es una iglesia semi-aérea, en que la ligereza del estilo gótico de toda Cataluña y Aragón se exagera, si cabe; la finura de sus dos campanarios, la tenuidad de sus pilares, la altura de sus arcos, me recuerdan una sonata de Chopin, el compositor que con menos cantidad de notas construye más elegantemente la música. En cuanto á San-

ta María del Pino, iglesia gótica también, parece un trasunto de las beldades del período romántico, con su portada relativamente pequeña, su rosetón inmenso—el predominio de la mirada, los grandes ojos soñadores.—San Pablo del Campo pertenece á otra época muy distinta y todavía más hondamente religiosa: es fábrica bizantina; consta su existencia en el siglo x. Allí buscó asenderéada sepultura el conde Vifredo segundo; allí se ensañó Almanzor, el terrible asolador de templos cristianos. Y es que los templos, en los días de Almanzor, eran como la Acrópolis en las ciudades griegas y latinas: servían para invocar al Numen, y también para combatir á los enemigos de la patria. San Pablo ó *San Pau* conserva su rudo aspecto de fortaleza medioeval, recia, baja, ceñuda y sólida. ¡Qué contraste con las dos Santas Marías, donde la tranquila seguridad del triunfo de la Cruz florece en las abiertas rosas y en las torres frágiles y galanas! Al frente de San Pablo, en la portada robusta, se desarrolla un simbolismo de piedra: peces, estrellas, cabezas, una mano que bendice ó señala—confusa alegoría tal vez de la creación.

Lo que más me gusta de *San Pau* es el reducido claustro, con sus arcos trilobulados, y la complicada é ingenua labor de sus capiteles. Hállase en tales claustros el silencio, la soledad, la calma profunda, que deja al espíritu del viajero libertad para pensar en lo que se quiere y fantasear lo que no existe. A veces, en algunos de estos claustros, por mi tan fre-

cuentados, se me ocurre que el apego al pasado puede ser excesivo y asemejarse á una especie de enfermedad moral, y que al culto de las ruinas debe aplicársele la estrofa de Heine:

Tanto y tanto los muertos he invocado
al mágico poder de mi conjuro,
que vinieron al fin... y hora, al nublado
no quieren retornar de su antro obscuro...

Y no son momentos estos en que la actualidad no interese, con el mar de fondo del regionalismo y con los problemas planteados y jamás resueltos que aquí se agitan con violencias de palabra y de acción peligrosísimas.

Sólo que las antiguallas no nos traen penas, como las trae lo presente. Vivamos entre los muertos.—La función de teatro, inauguración del Romea, á que asistí invitada por mi sabio amigo Sanz y Escartín y su familia, tenía también fuerte sabor arcaico; era *Batalla de Reinas*, el celebrado drama de *Serafi Pitarra*, conjunto de reminiscencias románticas, donde tan pronto vemos la amenazante cuerda cortada de *La campana de la Almudaina*, como la escena capital de la *María Estuardo*, de Schiller. Damas y paladines, cuitas de amor y arranques de odio fiero, valentías y traiciones, todo expresado en forma rotunda y altisonante, por actores y actrices vestidos con prendas de esa guardarropía que no corresponde á ninguna época de la Edad Media y á todas puede aplicarse con intrepidez.

Sin violentar la realidad, yo situaba aquellos

figurones bajo las arcadas de *San Pau* ó dentro de la altísima nave de Santa María del Mar, y allí adquirirían más realce, con el fondo apropiado á su estilo.

También visité la catedral, y la fuerza de las circunstancias me obligó á pensar en el destino terrenal de Santa Eulalia de Barcelona, toda vez que en el cielo bien sabemos que figura entre los coros de los que lavaron su túnica en la sangre del cordero. Parece que Santa Eulalia se ha convertido—de fijo sin pretenderlo—en patrona del regionalismo intransigente y anti-español. Por cierto—ya que toco este asunto de pasada, de pasada lo diré también—que un periódico de Barcelona que á raíz de mi conferencia de París me trató de mala patriota, forma ahora, según dicen, en las filas de esta bandera enemiga de la patria.—Volviendo á Santa Eulalia, ante cuyo sepulcro me he detenido pensativa en la catedral, diré que si monopolizasen á esta Santa los enemigos de la unidad, los que tenemos la flaqueza, reprobada por Heine, de sentir profundamente el lazo patriótico, nos agarraremos á la otra Santa Eulalia, la de Mérida, cuya historia y actas me parecen todavía más conmovedoras que las de la barcinonense.

Notable parecido existe, sin embargo, entre ambas heroínas. Casi identidad; gemelismo absoluto. La Iglesia celebra el 12 de Febrero á Santa Eulalia de Barcelona y el 10 de Diciembre á Santa Eulalia de Mérida. Las dos vivieron en el mismo siglo. Supongo que la palma de la primer mártir encendió en noble emulación

á la otra. El ejemplo vino del pueblo. Eulalia de Barcelona era plebeya; Eulalia de Mérida, de padres nobles; fuera de esta diferencia originaria, creyéranse pareja de azucenas en una sola vara, abiertas al mismo sol. La virgen de Barcelona tenía trece años cuando se fugó de su casa; (la fuga en busca del martirio, que era la suprema aventura, en aquellos primeros siglos del cristianismo, de los corazones juveniles); y, según costumbre de los confesores cristianos, se fué á la plaza pública á increpar al procónsul Daciano, enviado á España para ahogar en sangre la doctrina. Ya se sabe lo consiguiendo á la confesión pública: el potro, la cruz, las hachas encendidas á los costados, hasta que Eulalia espira, saliendo de su boca una paloma blanquísima, y cubriendo la nieve con casto sudario su destrozado cuerpo.

Leed ahora la historia de la virgen emeritense. Más niña que la otra, á los doce años arrostra el martirio, bajo el mismo Daciano, el perseguidor implacable de los cristianos españoles. También huye de su casa de noche, con una amiga y compañera llamada Julia; y como Julia anduviese aprisa, Eulalia le dice sonriendo: "Por aprisa que vayas, yo he de ser la primera en morir." Y llega ante el prefecto, y confiesa, y empiezan los suplicios, los azotes con látigos emplomados, el aceite hirviendo, las uñas de hierro, que desgarran la carne infantil—y resuena la frase "Ya está grabado en mi cuerpo con estos caracteres el nombre de mi Esposo"—y síguese la muerte en la hoguera, con la palo-

ma que sale de la boca y la misma cándida mortaja de nieve. Es Prudencio, el poeta de los mártires, quien nos ha referido las proezas de esta Eulalia. Ante su altar, uno de los primeros que se levantaron en tierra española, crecían tres árboles cargados de olorosa flor, que en mitad del invierno embalsamaba el aire. El rezo de la Iglesia en su fiesta nos dice que por Eulalia se probó cómo el débil vence al fuerte. No cabe duda, la virgen de Mérida eclipsa á la de Barcelona, y es curioso recordar este fragmento de Leyenda áurea, estas narraciones sencillas y encantadoras del Año cristiano, ahora que del sepulcro de una Santa Eulalia se quiere que salga, no la paloma con la oliva de la paz, sino la Medusa de la discordia más horrible.

Extraña crónica de viaje—ahora lo advierto.—Pero si siempre me gustan las digresiones, en viaje especialmente las encuentro sabrosas y necesarias. Un día pasado dentro de varias iglesias, de las cuales salí para escribir, ¿qué había de inspirarme sino estos cuentos de santidad? Más vale recordar los tiempos de la fe, que lamentar las profanaciones artísticas que afean el claustro de la incomparable catedral de Barcelona; los retablos nuevos, de un dorado cursi, que contrastan con aquella maravillosa rejería gótica, fina como la pluma y flexible como las ramas, y con otros retablos, amorosamente acariciados por el tiempo.